

¡No desprecies mi súplica, amor mío,
amor de mis amores!

Si tú miras, las plantas ya marchitas
se cubrirán de flores.

Quiero tornar a amarte cual te amaba
cuando era débil niño;
como entonces pedirte tus mercedes
con infantil cariño.

No me abandones, Madré, y a mis padres
y a mi novia bendíce.

Cuando la nave en un peñón se estrelle,
¡socórre a este infelice!

CIRO MOLINA GARCES

ORACION GRATULATORIA

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE PASTO CON MOTIVO DE LA FIES-
TA CENTENARIA DEL ILUSTRE PRÓCER DE NUESTRA INDEPENDEN-
CIA DOCTOR DON JOSÉ JOAQUÍN DE CAYZEDO Y CUERO

*“Audiri vocem de coelo, dicentem mihi: Scri-
be: Beati mortui qui in Domino moriuntur.
Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant a la-
boribus suis: opera enim illorum sequuntur
illos.”*

*“Y oí una voz del cielo que me decía: Escri-
be: Bienaventurados los muertos que mueren en
el Señor. Ya desde ahora dice el Espíritu que des-
cansen de sus trabajos, puesto que sus obras los
van acompañando.” (Apocalipsis de San Juan,
cap. XIV, ver. 13).*

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo
Señor Gobernador del Departamento
Venerables Sacerdotes
Señores y señoras

Grande es el honor que se me ha discernido al confiar-
me el elogio fúnebre del ilustre mártir de nuestra indepen-

dencia, coronel don JOSÉ JOAQUÍN DE CAYZEDO Y CUERO, pero
ponderosa también, y con mucho superior a mis flacos
alientos la carga que, no obstante mis escasos méritos, han
echado sobre mis desacostumbrados hombros los encarga-
dos de celebrar este acontecimiento, fausto en los anales de
la patria, a pesar del melancólico recuerdo que despierta
en el alma.

Empero, si grandes son las dificultades y no poca la
abrumadora responsabilidad, motivos poderosos de otro or-
den han sido parte a vencer mi natural timidez, dando
alientos a quien sólo cuenta con menguadas fuerzas, y a
que el amor y la gratitud sean poderosos a salvar todo obs-
táculo, a vencer toda dificultad.

El deseo de complacer a los habitantes de esta culta
ciudad, secundándolos en su patriótica labor; el noble en-
tusiasmo que despierta en mi alma el recuento glorioso de
esa heroica epopeya llamada Independencia americana, y
un imperativo deber de conciencia que pide a todo colom-
biano su contingente, siquiera sea él modesto, cuando se
trata de esclarecer la verdad y poner en salvo las virtudes
de nuestros padres en la patria, son los móviles poderosos
que, violentando mi desconfianza, me hicieron acometer
empresa digna de más altas inteligencias.

Y si a lo dicho agrego que siento correr por mis venas
sangre procerca de patriotas precursores de la Independencia;
que informé mi espíritu y mi carácter al lado de un
maestro rico en patriotismo y virtudes cívicas, no menos
famoso que por su fe y grandes letras, en el glorioso y se-
cular Colegio del Rosario, «fábrica de la República,» ho-
gar intelectual primero, prisión más tarde de los mártires
colombianos y semillero de todas las virtudes, hallaréis dis-
culpa a mi atrevimiento y explicación al entusiasmo pa-
triótico que me anima.

No intento, señores, hacer un estudio detallado de la
vida y méritos del coronel CAYZEDO Y CUERO, tarea enojosa
para algunos, inútil para otros, ya que para todos es ba-

tante su título de mártir de la libertad americana, mayormente cuando la premura del tiempo y la carencia de datos históricos fueron no poca parte a mudar el plan de la oración fúnebre por el de una oración gratulatoria.

Me propongo tan sólo demostrar a la luz de la verdad cómo el mérito real, ataviado con las ricas vestiduras de las cristianas virtudes, brilla en toda su hermosura a través del tiempo y del espacio, a pesar de la noche del olvido y las espesas sombras de la muerte.

Podrán las nubes de mezquinas pasiones, efímeras y caducas como todo lo humano, hacer menguar temporalmente el verdadero mérito de un hombre, mas cuando la historia dicte su fallo justiciero y, como sol meridiano, arroje las sombras y haga la luz en el incierto cuadro de la opinión vulgar, el mérito triunfará, la verdad se impondrá a la opinión fanática, y colocada la virtud en mejor luz, destacará sus formas esculturales en toda su prístina hermosura.

La imponente y conmovedora ceremonia que acabáis de presenciar; la voz de la Iglesia que pide al Dios de las misericordias que la luz brille y le sea otorgado el eterno descanso al que, pasando del destierro a la patria, espera el reposo sempiterno; la presencia real de Jesucristo en este santo templo; la selecta reunión aquí congregada; esos despojos mortales ante cuya presencia un ministro del Señor hace el elogio fúnebre del finado, bien claro están diciendo, con su avasalladora elocuencia, que se trata de algo trascendental, de un hecho de notoria importancia, de algo que afecta vivamente los dos grandes amores que llenan el corazón del hombre: Dios y patria.

Y por eso, no la voz de la lisonja mundanal, ni el mentido elogio de palaciega adulación resuenan en este augusto recinto, sino la voz de la verdad, eco de la Eterna Justicia que repercute al través de los siglos y de las edades; es ella quien va a dictar el veredicto de la posteridad, justificando los méritos, estudiando las virtudes a la luz de

la crítica imparcial y al suave calor de la fe cristiana, *alma mater* de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo bello.

Hay, señores, en la historia de los pueblos hechos grandiosos que, como piedras miliarias, señalan a las generaciones subsiguientes el camino que deben recorrer para alcanzar la meta soñada por los fundadores; los sacrificios que deben imponerse para guardar incólume el precioso legado que, a trueque de lágrimas y sangre, dejaron los padres de la patria. Fechas inolvidables que, como sangrientas huellas, marcan el derrotero que conduce a la gloria y que, despertando patrióticas añoranzas, mantiene vivo este recuerdo en la memoria de los pueblos libres, de las sociedades cultas y civilizadas.

Y tales hechos, repetidos de tarde en tarde en la historia de la humanidad, no son hijos del acaso, del *fatum* de los paganos; obedecen a una ley superior que rige los destinos de los hombres, encadena los hechos y eslabona unos a otros los acontecimientos, dejando en salvo la libertad humana que coopera o nó libremente a ellos, en tanto que el tiempo teje con tan ricos y varios elementos la trama una y múltiple de la historia universal.

No obedecen a meras combinaciones políticas; no son hechos aislados, fenómenos de la llamada falsamente evolución humana, antes bien son sucesos providenciales, íntimamente ligados por Aquél que rige los mundos y las naciones; que ordena y dispone desde la armonía y giro de los mundos en el espacio, hasta los últimos detalles de los cotidianos sucesos: Dios.

Así, desde la creación del mundo hasta el advenimiento del Mesías, y desde aquella lejana época hasta nosotros, hasta el remate de los tiempos, un hilo finísimo liga tan diversos acontecimientos, une hechos tan opuestos, y reduce pueblos y razas, tiempos y edades a un punto capital: la redención.

Los pueblos que vivieron allende el Calvario prepararon en su larga gestación de cuatro mil años la venida de Jesucristo, agruparon los elementos dispersos, y en Roma, metrópoli entonces del mundo, reunieron cuanto pudo producir el genio humano en el decurso de los siglos, para difundir luego por la redondez de la tierra, a manera de sol vivificador, la doctrina del dulce y santo Jesús de Nazareth, código sublime de la eterna sabiduría.

Y los pueblos y razas que vivieron aqueñados el Calvario, y los nuestros, y los que vengan en pos, darán cumplimiento a lo anunciado entonces, como lo han hecho hasta el presente, atestiguando la verdad que, salida de oriente veinte siglos há, cruza por el mundo enderezando a ese único hecho los tiempos y las naciones; derramando dondequiera la luz de la fe, el aliento de la esperanza, el suave fuego de la caridad, y con éstas la única libertad racional, la de los hijos de Cristo, pues fuera de aquélla sólo hallamos libertinaje, licencia y desenfreno, heraldos precursores de la demagogia y el anarquismo, cualquiera que sea el vestido con que intente ocultar su grosera desnudez.

Las civilizaciones antiguas con sus grandes riquezas y sorprendentes adelantos fueron con todo centenas de vicios, escuelas de sensualidad donde se ahogaba el espíritu entre el fango de las más degradantes pasiones. La libertad era un mito y las sociedades se hallaban reducidas a dos grandes clases: los nobles, los ricos, los tiranos; y los parias, los ilotas y los siervos; amos déspotas los primeros, esclavos sumisos y mercancía de sus ruines pasiones los segundos.

Asiria, Babilonia, Persia con sus grandes ciudades, famosos monumentos y su prodigioso adelanto material, no dieron un solo paso en el camino de la verdadera libertad, ¿qué digo!, Grecia misma, tipo de la belleza artística, ideal insuperable de la corrección clásica en las letras y las artes, asiento de la humana sabiduría en los múltiples departamentos del humano saber, no conoció tampoco la santa

libertad; y las doctrinas de sus filósofos y las enseñanzas de sus políticos juntan a grandes y nobles teorías monstruosas hipótesis, extravagantes delirios, sin que de ello escapasen los Aristóteles y los Platones, los Sócrates y los Licurgos, exponentes grandiosos de la más alta civilización que vieran hasta entonces las edades.

Y Roma, la señora del mundo, si por la eficacia de sus armas y el poderío y brillo de sus riquezas subyugó el orbe conocido e hizo tributarios los pueblos y las naciones, las ciencias y las artes, no pudo tampoco conquistar la esquiua libertad, y una serie de tiranos, morigerada apenas de tarde en tarde, dio al mundo el más vergonzoso espectáculo que pueda concebir el ideal moderno a este respecto.

Empero, Dios lo tenía dispuesto así para que desde el mismo palacio de los Césares, desde el alcázar fastuoso de la tiranía, el humilde Pedro enseñara al mundo la única, la verdadera libertad que, predicada por Jesucristo y sellada con su sangre divina, debería mudar las costumbres, modificar las naciones y transformar la política del mundo, ya con el verbo inflamado de los apóstoles, ya con la sangre fecunda de los mártires.

Y ved de qué modo providencial se van enlazando los hechos de la historia.

Convertido el mundo a Cristo, trocados en apóstoles los perseguidores, purificadas las costumbres, al contacto bienhechor del cristianismo, la libertad brilló sobre el cielo de la Iglesia. Constantino le dio la paz, única fuente de todo verdadero progreso, y con ellas florecieron las artes y las ciencias, el orden y la virtud.

Empero, la flaqueza humana y las pasiones no reprimidas a tiempo, dieron en tierra con tan portentosa fábrica levantada con lágrimas y sangre; la tiranía reinó nuevamente y fue menester que Atila, a la cabeza de los bárbaros, enseñara una vez más al mundo cuánto vale la santa libertad cristiana.

Vencidos años más tarde aquellos hijos del norte por las blandas caricias de la Iglesia, suavizadas sus costumbres al contacto civilizador de la religión de Cristo, doblaron respetuosos las altivas frentes, domeñados por el poder divino, depusieron las armas y, mudadas en otras las bárbaras costumbres y primitiva salvajez, se agruparon en pueblos en torno de la cátedra de Pedro. El imperio romano, carcomido por los vicios, minado por los años, se desplomó con sordo estrépito, pero como retoños ricos de savia vital, de entre aquellos históricos escombros y portentosas ruinas, surgieron a la vida las nuevas nacionalidades engendradas al calor del cristianismo, y de nuevo hizo entre ellos su gloriosa epifanía la esquivada libertad.

Empero, con el viajar del tiempo los pueblos se fueron olvidando así del influjo bienhechor de la Iglesia, como de las duras lecciones recibidas enantes. La ambición, el deseo inmoderado de mando, el lujo sensual, las peligrosas riquezas, el necio orgullo, mudaron aquel estado de cosas, y una serie de tiranos trocaron en feudos lo que Dios entregara en usufructo a la sociedad entera.

Los señores feudales, víctimas y victimarios a un tiempo mismo, hicieron de sus mezquinos estados palenques de combate, donde diariamente sacrificaban en aras de su egoísmo la paz, el progreso, el bienestar social.

Los infelices gimieron de nuevo bajo el látigo de los tiranos, y la libertad, entristecida, huyó de nuevo en busca de cielos más propicios.

Andando los días, Lutero y Calvino quisieron encadenar también las conciencias, oprimiendo la libertad con el especioso título de su mentida reforma; arrebatando la fe de los pueblos, sembrando la discordia en el campo del padre de familia y haciendo reinar la más desenfadada anarquía.

La libertad proscrita fue uncida al carro del vencedor y humillada paseó su afrenta desde las playas de la ingrata Albión hasta las legendarias márgenes del Rhin.

Empero, Dios, que sólo permite el mal para sacar de allí mayores bienes, deparó providencialmente el remedio a tan graves males.

Un navegante genovés, auxiliado por la católica Isabel, zarpa de Palos de Moguer en frágil barquichuela; atrevido se lanza a la inmensidad del océano y, tras largas penalidades de alma y cuerpo, topa con la América, que surge de entre las olas al través de la niebla mañanera, como una hermosa virgen llena de vida y lozanía. Torna luego a España el valiente marino y agradecido ofrece al rey esa hermosa cautiva que, tímida y reverente, se postra ante su trono.

España llena el mundo; Carlos V no ve ponerse el sol en sus dominios, y un ejército de abnegados misioneros se pierde entre las selvas vírgenes y las espesas montañas americanas, para buscar solcitos almas para Cristo, fieles vasallos para el rey y nuevos hijos para la madre patria.

Bajo los gobiernos del Emperador, monje del Yuste, y de los Felipes, desde el segundo, odiado por sus enemigos hasta la calumnia y sublimado por sus amigos hasta la santidad, hasta el cuarto de éstos, las colonias de América fueron creciendo y desarrollándose ampliamente, favorecidas por la Corona representada en estas lejanas tierras por virreyes y capitanes generales, de feliz memoria unos, de triste recordación no pocos.

España fue madre entonces, ¿y quién será osado a negarlo? Con su lengua, su raza y su religión, dulce la primera, viril y guerrera la segunda, santa y civilizadora la tercera, nos engendró a la vida de la fe, de la patria y la cultura.

Ella descuajó nuestras selvas bravías, plantó allí por mano de sus misioneros la redentora cruz, hizo correr por nuestras venas, gracias a generosa emigración, la sangre azul de los Pelayos, vencedores del moro, e hizo resonar en los amenos valles el dulce y blando acento de Castilla.

Empero, sonó la hora señalada de antemano por el Rey de los reyes. El fruto estaba ya maduro y su misma pesadumbre lo desprendía del tronco secular; la mayor edad había llegado para la América: nuestros padres pedían sus justos derechos políticos; querían intervenir en los destinos de su patria, compartir con los peninsulares la representación en las Cortes a que tenían legítimo derecho. «Se añadía, dice un célebre orador colombiano, para que nuestros padres anhelasen más por el gobierno propio, que ya no reinaban los monarcas de la casa de Austria, interesados más o menos en la prosperidad de las colonias; ni príncipes como Felipe V y Carlos III, que, al lado de grandes desaciertos, propendían por el adelanto de América. El trono español estaba ocupado por Carlos IV, rey de escasas facultades intelectuales y morales, quien abdicó en 1808 en favor de su hijo Fernando VII, personaje contra el cual han agotado los calificativos injuriosos todos los historiadores peninsulares, absolutistas y parlamentarios, carlistas y alfonsinos, incrédulos y católicos. El virrey de Santafé no era Solís o Ezpeleta, de imperecedera memoria, sino don Antonio Amar y Borbón, anciano terco, duro, de limitado criterio.... Los oidores se habían granjeado la antipatía de las gentes, y los empleados y aun los mercaderes trataban a los criollos con ultrajante superioridad. El primer deber de la colonia era pedir sus derechos a la madre patria; y se pidieron en 1809 con el mayor respeto en el memorial del Cabildo de Santafé, redactado por don Camilo Torres.

«Allí no se hablaba de independencia, ni de autonomía, ni de *Home rule*; se reclamaban para los criollos los mismos derechos de que gozaban los españoles peninsulares. ¿Qué menos podían pedir?» (1)

(1) *La emancipación de América* — Doctor RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA — REVISTA DEL ROSARIO, tomo 3.º, página 347.

Las ráfagas venidas del viejo mundo hicieron la luz en la mente de nuestros progenitores en la patria, y un vivo deseo de libertad, de independencia, prendió luego como un incendio en el corazón de los americanos.

El trono de España estaba vacilante. Napoleón Bonaparte, árbitro entonces del mundo, se apoderó astutamente del trono, y Bayona vio ponerse el sol del poderío español.

Fernando VII, más imbécil que culpado, atemorizado abdicó el trono en favor de Carlos IV, su padre, y éste a su turno lo entregó a Napoleón, dominador de la Europa.

España y sus colonias quedaron sin gobierno, pues la primera había visto renunciar el trono a sus monarcas en manos de un conquistador extranjero, y las segundas no tenían por qué obedecer el gobierno intruso e ilegal de José Bonaparte. ¿Quién podía gobernar, acaso los virreyes?, la autoridad de los monarcas españoles ya no residía en ellos. ¿Bonaparte?, era un usurpador, no podían reconocerlo.

Así pues, no fue la rebelión, no fue la ingratitud la fuerza que impulsó la independencia americana; España misma dio el primer paso y fue la única responsable, si no tenemos en cuenta esa ley superior que rige los destinos de los hombres y de los pueblos: la Providencia.

En efecto: al recibir los colonos americanos la nueva del vergonzoso desastre ocurrido en la metrópoli, el espíritu español, el patriotismo, el amor al rey, movieron los ánimos y armaron estos pueblos para resistir la invasión napoleónica, en tanto que sus arcas se vaciaban para llenar el exhausto tesoro español, a fin de sostener el poderío de la patria ante los rudos embates del intruso francés. Y así como en España se organizaron juntas de gobierno donde no imperaba José, también acá se formaron otras, pero jurando siempre fidelidad al desgraciado Fernando VII.

Sólo un mal aleccionado criterio y la conducta feral de los llamados pacificadores, mudaron luego en deseo de ver-



dadera libertad e independencia lo que hasta entonces fuera un hecho natural y una justa precaución, «pues la misma doctrina católica enseña que un pueblo puede, siempre que lo haga sin perjuicio de la justicia, sacudir el yugo extranjero; enseña que una nación privada de gobierno puede, debe constituir una autoridad que la dirija» (1). España no tenía gobierno propio, pues Bonaparte era un usurpador, no un legítimo soberano. Declarar un hecho no es realizarlo. «España fue quien rompió con sus colonias» (2).

Declarada la guerra por los pacificadores, empeñada la lucha a nombre del rey, los patriotas se lanzaron al combate llenos de santo entusiasmo. La voz de Nariño resonó de nuevo bajo el cielo americano, y Bolívar, Ortega, Santander, CAYZEDO, Muñoz, Caldas, Carbonell, Torres y mil más de gloriosa memoria, sellaron con su sangre en los cadalsos unos, con su verbo encendido otros y con el brillo de su espada los más, la independencia colombiana.

Un puñado de valientes sin armas, municiones ni recursos, pero llenos de fe y amor patrio, salieron al encuentro del temible león. Este, vencedor en Numancia y Pavía, Bailén y Zaragoza, orgulloso con sus triunfos nobles y seculares, se aprestó a la lucha, olvidando quizás que Dios se vale no pocas veces de flacos instrumentos para castigar el orgullo de los poderosos.

Nuevo Goliat saltó a la arena sin contar con que el pequeño David, armado tan sólo de su lanza y su honda, daría en tierra con el glorioso vencedor del conquistador de la Europa.

Los cadalsos levantados por los pacificadores, la sangre de los mártires, formaron la hegüera que redujo a pavesas el poderío de España en sus colonias. «Morillo, En-

(1) Obra citada, página 346.

(2) Obra citada.

rile y Casano en Santafé, Boves y Morales en Venezuela, hicieron imposible la sumisión» (1).

Sin estos genios del mal y del exterminio quizás un siglo entero se hubiera retardado aún la independencia americana. «El triunfo de los patriotas fue obra combinada del genio de Bolívar y las crueldades espeluznantes de los expedicionarios españoles. Los acontecimientos históricos dependen inmediatamente de causas naturales; remotamente de Dios, Gobernador providentísimo del mundo y causa primera de todo cuanto existe. ¿Cómo suponer que América entera, desde las orillas del Misisipi hasta el estrecho de Magallanes, procediera unánime, sin previo acuerdo entre las distintas colonias, para pedir gobiernos propios, en virtud de una aberración? No yerran treinta sociedades distintas, no acordadas entre sí, en un mismo sentido, en asunto de tamaña importancia. El hecho de haber suscitado la Providencia Divina esos varones egregios que llevaron a cabo la independencia, parece indicar que había llegado el momento de cumplirla, por voluntad o permiso de Dios, que se vale de los hechos humanos para premiar y castigar, para ensalzar y abatir» (2).

Llegó por fin el día señalado de antemano por los decretos eternos. La corona de Castilla y de León había rodado de la cabeza de los monarcas españoles, y el trono, al rudo empuje del vencedor de Egipto, bamboleó sobre sus propios cimientos.

Las provincias de América, hondamente conmovidas por las crueldades de los expedicionarios, dieron años más tarde el grito de independencia. Quito marchó a la vanguardia y once meses después siguió sus huellas nuestra amada Colombia.

«En la inmortal acta del 20 de julio de 1810 se comenzó invocando el sagrado nombre de Dios; en ella se reco-

(1) Obra citada, página 346.

(2) ORACIÓN GRATULATORIA—DOCTOR CARRASQUILLA—REVISTA DEL ROSARIO, tomo VI, página 40.

noció la Religión católica como la única verdadera, y los miembros de la Suprema Junta fueron en corporación a la Catedral a dar gracias al Todopoderoso por la adquirida libertad. »

Han pasado cien años. ¡ El tiempo ha amontonado muchas ruinas sobre esta infortunada patria ! ¡ Cuántas vidas han sido segadas en botón por manos fratricidas ! ¡ Cuántas mudanzas tenemos que lamentar en el carácter nacional ! Y, no obstante, al través de los años y estas vicisitudes, llegan hasta nosotros en alas de cariñoso recuerdo las dianas de victoria que proclamaron en Boyacá la independencia del pueblo colombiano !

Al través de las edades resonará siempre la frase inflamada de Nariño, que, como encendido botafuego, prendió en el corazón de los americanos el amor de la libertad. Aún resuena la épica frase del vencedor de Ayacucho, « armas a discreción y paso de vencedores, » y me parece ver entre las sombras del pasado la heroica figura de aquel que, envuelto en los pliegues del patrio estandarte, supo morir como valiente al coronar las alturas del Bárbula. Más allá me figuro ver esa legión de valientes : los Mazas, Vélez, Cayzedos, D'Elhuyart, Girardot, París, Herrán ; los que, como Ricaurte en San Mateo, volaron en alas de la gloria, asombrando al mundo como los dioses de las épocas legendarias con la fama de sus proezas, dignas sólo de ser cantadas por la fama, que al embocar la trompa épica lleva sus nombres unidos por el amor patrio hasta el templo mismo de la inmortalidad.

¡ Mirad ! Por el norte viene un guerrero nimbado hoy con la auréola de las glorias patrias ; lucha denodadamente en favor de la libertad ; por sus venas corre la sangre de los luchadores de la justicia y el derecho ; su verbo de luz irradia claridades meridianas, y, domeñado unas veces, vencedor otras, jamás vencido, se estrella finalmente contra la tenaz resistencia de los hijos de Pasto.

Fieles a la corona, se oponen atrevidamente con todo el brío de su belicoso espíritu al paso de la libertad americana, soñando detener con fuerzas de niño el vigoroso empuje del coloso de la civilización.

Quitó viene en apoyo de la justa causa, y lleva la ciudad a sangre y fuego. El bravo Tomás de Santacruz cae prisionero, sus bienes fueron confiscados y él reducido a prisión por los patriotas de la vecina república. Empero, CAYZEDO, el Alférez real de ayer, el noble patriota de hoy, movido, más que por los vínculos de la sangre por la hidalguía de su corazón y la nobleza de su alma, vuela a Pasto, dirime la contienda, liberta a Santacruz, le pone de nuevo en posesión de sus bienes y restablece la paz.

Más tarde el valeroso Macaulay, hijo de la poderosa Albión, sitia a Pasto, le intima rendición desde el Ejido, pero CAYZEDO, a fin de evitar el derramamiento de sangre, propone honrosos tratados, que aceptan de buen grado los sitiados.

Algunos días más tarde los patriotas intentan pasar a Quito, pero, sorprendidos en Catambuco por las tropas de Pasto, fueron aprehendidos y conducidos a la ciudad.

Y aquí, en esa misma plaza que señorea hoy la estatua del precursor, cayeron heridos por las armas reales y de orden del virrey Montes el noble CAYZEDO, el valeroso MACAULAY y diecisiete compañeros más, cuyos nombres, olvidados por la incuria humana, se hallan escritos en el templo de la inmortalidad : murieron como valientes, devolviendo su alma a Dios, su cuerpo a la tierra, su corazón a la patria, su ejemplo a la posteridad.

Señores, un deber elemental de caridad y cortesía me fuerza a correr de prisa el velo compasivo de la misericordia sobre este acontecimiento de grande pero melancólico recuerdo. Por eso, aun a trueque de no llenar cumplidamente mi cometido, he tocado sólo de paso y a la postre el asunto capital de mi discurso. Que la historia justiciera dicte su fallo definitivo, cuando el fuego de las pasiones y

los vínculos de la sangre hagan imparcial y hacedera esta labor.

Esta fiesta patriótica, homenaje póstumo que los hijos de Nariño tributan al benemérito doctor JOSÉ JOAQUÍN DE CAYZEDO, es una prueba elocuente del patriotismo que anima hoy sus almas, templadas en la fragua del deber y de la religión. Reconocimiento justiciero de la eximias virtudes de este valeroso adalid de la buena causa, y honroso desagravio por los extravíos políticos de sus progenitores.

Y ello no causará admiración, pues son los mismos que, habiendo cerrado un día las puertas en Juanambú al gran Nariño, le respetaron la vida, admirados de su valor, después de caer prisionero en el Ejido, ofreciéndole al presente regia hospitalidad, ya que el heroico vencido domina hoy el departamento desde la plaza mayor de la antigua ciudad realista. Rasgo patriótico que hará grato al corazón de todo colombiano el nombre de los hijos del histórico Pasto.

Esta fiesta es una reparación, hija del más puro patriotismo, de la más gallarda gentileza.

Hoy celebran los descendientes de los valientes luchadores de 1810 el día glorioso en que el campeón de la libertad en el sur, compró con su sangre generosa la libertad de Pasto; sangre fecunda que, al empapar este suelo, hizo brotar la flor de la independencia entre las punzadoras espinas de la opresión colonial.

El doctor CAYZEDO pasó como pasan todos los hombres; apenas un puñado de polvo nos dice cuál fue el frágil vaso que encerró su noble espíritu, pero la historia escribió con letras de oro su nombre venerando; la justicia lo muestra con la auréola de los mártires de la libertad, como ejemplo digno de imitación, y Dios—así nos lo hace esperar la fe—recibió su alma en el seno de la gloria.

Cien años há que el plomo fratricida extinguió su vida material, pero esotra, la de la inmortalidad, vive en la tierra colombiana fecundando las nobles ideas, los generosos sentimientos. ¿Y qué mucho que así sea, qué mucho que

su nombre esté tocado de inmortalidad? El patriotismo es una virtud y las virtudes son inmortales. La Iglesia así lo enseña y lo ha confirmado siempre con gloriosos ejemplos. No há mucho que Pío X, sentado hoy felizmente en la silla de Pedro, santificó el amor patrio al elevar al honor de los altares a la heroica doncella de Orleans, terror de los enemigos de su patria, la sublime y santa Juana de Arco.

Hoy también la iglesia de Pasto, sintiendo palpitar en su seno el alma de Colombia, rinde públicamente homenaje de gratitud a un patriota, a un mártir de la libertad colombiana, porque el amor de Dios y el amor de la patria son dos focos que convergen a un mismo fin. «El amor patrio es virtud, es deber imperioso de moral cristiana.» «Jesucristo, dice el ya citado doctor Rafael María Carrasquilla, predicó el evangelio primero a su patria, y lloró sobre las ruinas de Jerusalén; San Pablo se gloria de ser israelita con ser el pueblo judío nación deicida, y León XIII enseña que el amor patrio no es obligación por ley positiva, sino deber de ley natural, que ha de ser uno de nuestros principales afectos, que ha de llevarnos a defender el suelo natal hasta rendir la vida» (1).

¡Sí; la memoria cara de los mártires de la libertad; el recuerdo glorioso de nuestra independencia, cruza al través de los años por el cielo de Colombia; y aunque oscurecido unas veces por el humo de las descargas fratricidas, y medio oculto otras por las nubes de las pasiones políticas, casi siempre preñadas de odios y enemistades, brilla hoy, sin embargo, de nuevo en toda su prístina hermosura, depuestos ya los odios banderizos, acalladas las discordias civiles que por luengos años han dividido la gloriosa familia colombiana.

Tal vez os sorprenda, señores (tan mudado anda el criterio), que un humilde sacerdote venga desde esta cátedra

(1) *Oración Gratulatoria*—CARRASQUILLA—Obra citada—Página 389, tomo V.

sagrada a daros lecciones de patriotismo. Sabed que bajo la negra mortaja que nos cubre palpitan corazones de patriotas; que hasta la quietud augusta del santuario llegan los clamores de la patria entristecida. Recordad que los Lozanos, Valenzuelas, Duquesnes, Porras, Rosillos y mil más cuyos nombres son astros de primera magnitud en el cielo de la libertad americana, llevaron la sotana de los ministros del Señor, y sin embargo, valerosos soldados de la patria, supieron pelear como valientes las santas batallas de la libertad.

No importa que alcen el grito los enemigos de la Iglesia; en vano intentan con sofisticas calumnias manchar las glorias del sacerdocio católico, los que en mala hora piensan herirlo de muerte señalándolo al mundo como retrógrado y antipatriota. La excepción confirma la regla general. Los hechos han dado siempre y continúan dando un solemne mentís a esos tales, pues aquéllos, que humildes y mansos se ocultan a la hora de la recompensa, rehuyendo los laureles con que los pueblos coronan a sus adalides, cuando la patria está en peligro y llega la hora del combate, responden a lista y saben morir como valientes al pie de las trincheras enemigas, llevando en una mano la cruz de Cristo y en la otra el pabellón tricolor, que amoroso cubrirá luégo sus despojos mortales.

Como sacerdotes somos de todos los tiempos, pertenecemos a todos los países, obedecemos toda legítima autoridad. Nuéstro es el tiempo, el límite patrio es el mundo y tenemos por monarca a Dios, Rey de reyes y Señor de los señores. Últimos de todos sus compatriotas por su propio querer, los sacerdotes católicos van a la vanguardia cuando así lo pide el honor nacional. Zapadores de la libertad, van abriendo camino al cuerpo de compatriotas que sigue en pos de sus brillantes huellas.

Señores: que la aurora de este día sea precursora de otros más gloriosos, y que el sol de la libertad en Colombia no conozca su ocaso. Empero, no para alumbrar luchas

fratricidas, que llevando lágrimas y luto a tantos hogares y conduciendo el país a la ruina sólo consiguen exhibirnos a la faz de los pueblos civilizados como gladiadores de circo, sino antes bien para que a su sombra bienhechora echéis por el camino de la paz y el verdadero progreso, comprados a costa de sangre por los fundadores de la República. Que el recuerdo glorioso de nuestra magna lucha inflame vuestros pechos, no para la lucha entre hermanos, sino contra los que, ávidos de oro, intenten desgarrar el patrio suelo o pisotear con su ferrada bota esa bandera santa, que cien años há tremoló con orgullo y admiración universal desde la cima de los Andes hasta el tope del rico Potosí.

Que las sombras venerandas de CAJZEDO, Muñoz, Caldas, Torres y demás ilustres próceres templen vuestros caracteres y enciendan en vuestras almas el amor a la libertad y el culto por la justicia y el derecho.

Sólo el amor patrio puede redimirnos. La libertad no se conquista con la tea, la dinamita o el puñal, sino a fuerza de virtud y sacrificio.

Honrad vuestra religión, amad vuestra patria, obedeced vuestros legítimos gobernantes, educad vuestros hijos y entonces sí habréis alcanzado la verdadera, la única libertad: la libertad cristiana.

Los tiranos se suceden unos a otros cuando es el temor servil y no el patriotismo la norma de los pueblos. Sólo esta noble virtud puede echar las bases de la única igualdad racional entre los hombres.

El socialismo destruye, el cristianismo edifica. El primero todo lo arrasa al someter a un rasero común la sociedad humana; el segundo nivela sin deprimir lo grande ni levantar lo indigno.

Que la celebración del primer centenario de este ilustre prócer, protomártir de la independencia colombiana, no sea para vosotros un acontecimiento trivial, sino un hecho trascendental y significativo; no un homenaje externo, sino una enseñanza práctica.

Que el parangón de los hechos, los caracteres y las virtudes de los libertadores sean para todos lección fecunda y punto inicial de vida nueva, rica en frutos para esta amada patria.

Como los próceres amemos nuestra religión, y defendamos varonil y enérgicamente nuestra fe contra los que, olvidándose de los fundamentos de nuestra independencia, intentan arrebatar nos tan rico legado. Ellos nacieron a la libertad invocando el santo nombre de Dios, fue su escudo de guerra, lo estamparon al principio de sus constituciones, mil veces lo repitieron sus labios; en el cadalso fue para ellos luz y aliento, fuerza y esperanza, y se durmieron en brazos de la Iglesia, murmurando este nombre bendito, para pasar a los brazos de Dios, libertador supremo de los pueblos y de los hombres.

Como los próceres amemos la patria, en cuyo blando regazo vimos la luz de la vida; en donde viven nuestros padres o duermen el sueño de la muerte al amparo de la cruz; esa patria que entraña nuestros más caros recuerdos, abriga nuestras más nobles esperanzas y simboliza nuestros más altos ideales.

Como ellos corramos a su defensa, y con el esfuerzo de nuestro brazo, el fuego de nuestra palabra y el óbolo de nuestra caridad, rechazemos sus pérfidos enemigos, desde los ingratos hermanos de ayer, hoy solapados adversarios nuestros, hasta el soberbio yanqui, que fiado en sus millones y en el poder de su armada intenta dividir el suelo colombiano.

Defendamos los patrios linderos colonizando nuestras regiones orientales, secundando la patriótica labor de abnegados misioneros y yendo a derramar nuestra sangre, si fuere necesario, para arrojar del patrio suelo los vencidos de Tarqui, los desleales hermanos de la gran Colombia.

Como los próceres, finalmente, unámonos a lo menos los que animados por una misma fe y unos mismos ideales políticos buscamos la libertad en el orden. La unión hace la

fuerza, y la conquista del porvenir sólo se alcanza con la unión de las inteligencias y el acuerdo de las voluntades.

Que esos despojos venerandos despierten en vosotros tales sentimientos, y que el homenaje que tributáis a la patria en la persona del doctor CAYZEDO se traduzca en obras para gloria de Dios y bien de la patria.

Permitidme, señores, que antes de terminar envíe desde esta ciudad, oculta en el seno anchuroso del Ande colombiano, un cariñoso recuerdo a España, siempre madre, gloriosa siempre.

Verdad que ayer fue nuestra adversaria, empero hoy amiga generosa, aliada hidalga, ve con orgullo nuestros triunfos que suyos son también. Su historia es nuestra historia, su lengua es nuestra, nuestra su religión, nuestra es su sangre. Este triple vínculo nos liga más a la España de hoy que la autoridad de sus reyes enantes o el poder de sus armas vencedoras.

Señores: los hombres pasan, las naciones se mudan con el viajar del tiempo, empero las virtudes serán nuestras eternas compañeras, cuando pesadas por Dios se truequen para nosotros en premio y galardón en la eternidad; habiendo vivido antes en la memoria de las generaciones, como gloria anticipada que el Señor otorga a la virtud. Vivamos, pues, como cristianos prácticos para saber morir como murieron los mártires de la libertad, mereciendo como ellos la sentencia del Espíritu Santo: "Y of una voz del cielo que me decía: 'Escríbe: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Ya desde ahora, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los van acompañando.'"

JORGE ARTURO DELGADO

Presbítero

Pasto, enero 26 de 1913.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico